

XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

Aporías de lo psíquico y aptitud judicial.

Tercic, Cecilia.

Cita:

Tercic, Cecilia (2019). *Aporías de lo psíquico y aptitud judicial*. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-111/519>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecod/vuc>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

APORÍAS DE LO PSÍQUICO Y APTITUD JUDICATIVA

Tercic, Cecilia

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología¹. Argentina

RESUMEN

El presente trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación de UBACyT titulado “Variaciones en la posición judicial del analizante. Estudio de casos en el Servicio de Clínica psicológica de Adultos en Avellaneda”. Se propone investigar las relaciones entre juicio y acto a partir de la definición de juicio que encontramos en Freud, donde juzgar “es la acción intelectual que elige la acción motriz, que pone fin a la dilación que significa el pensamiento mismo, y conduce del pensar al actuar” (FREUD, 1925, p.256). Para tal fin nos será de gran ayuda la distinción entre la posición de indeterminación subjetiva, y aquella que Lacan designa como destitución subjetiva. Por el camino del análisis, que partiendo de los síntomas alcanza los elementos pulsionales que los motivan, el analizante tiene la chance de encontrar alguna suerte de certeza en la que apoyarse para actuar. La certeza está a nivel de la pulsión -concepto que no puede estudiarse sin su articulación con la categoría de das Ding-, y nuestro trabajo pretende explorar lo que esta solución comporta de des-subjetivante, o, para tomar una expresión de Lacan, de antipsíquico

Palabras clave

Juicio - Acto - Pulsión

ABSTRACT

APORIAS OF THE PSYCHIC AND JUDICATIVE APTITUDE

The present work is part of the Research Project of UBACyT entitled “Variations in the judiciary position of the analysand. Case study in the Psychological Adult Clinic Service in Avellaneda”. It is proposed to investigate the relations between judgment and act based on the definition of judgment that we find in Freud, where to judge “is the intellectual action that chooses the motor action, which puts an end to the delay that means the thought itself, and leads to think when acting” (FREUD, 1925, p.256). For this purpose, the distinction between the position of subjective indeterminacy and that which Lacan designates as subjective dismissal will be of great help. Along the path of analysis, which, based on the symptoms, reaches the drive elements that motivate them, the analysand has the chance to find some sort of certainty on which to rely to act. Certainty is at the level of the drive-a concept that can not be studied without its articulation with the das Ding category-and our work aims to explore what this solution involves as a de-subjectifier, or, to take an expression of Lacan, from antipsychic.

Key words

Judgment - Act - Drive

Introducción

En su obra, Freud califica la transformación que promueve un análisis, como duradera e interior, y destaca el valor ético de la misma al ubicar su estrecha dependencia de una nueva toma de posición, o de una nueva decisión. Esta nueva decisión es un punto de llegada que se contrapone a la irresolución y la indeterminación propias de la neurosis. En el presente trabajo exploraremos las cualidades particulares del encuentro con una nueva certeza que los caminos del análisis podrían suscitar. A esta certeza se accedería, según Freud, por la vía de una revisión del proceso represivo. Para ello es crucial el despliegue de la palabra bajo las premisas de la regla fundamental, pero sabemos que allí no se termina el trabajo. Freud ya lo señaló:

“Esta revisión del proceso represivo sólo en parte puede consumarse en las huellas mnémicas de los sucesos que originaron la represión. La pieza decisiva del trabajo se ejecuta cuando en la relación con el médico, en la “transferencia”, se crean versiones nuevas de aquél viejo conflicto, versiones en las que el enfermo querría comportarse como lo hizo en su tiempo, mientras que uno, reuniendo todas las fuerzas anímicas disponibles (del paciente), lo obliga a **tomar otra decisión**” (FREUD, 1917, 413) –las negritas son nuestras.

Respecto a la salida de la indeterminación, cabe preguntarse entonces cómo es que desde allí el sujeto tiene la chance de obtener algún atisbo de certeza. Para intentar una aproximación a la cuestión, hay que comenzar por señalar que analizar es descomponer lo psíquico, donde descomponer no es sólo separar en partes, sino también desbaratar. Desbaratar lo psíquico para dejar al desnudo la pulsión es la indicación freudiana en “Nuevos caminos de la terapia analítica”. Siguiendo esta indicación, J.A. Miller propone:

“...desnudar la pulsión, abrir así al sujeto el camino del acto donde encuentra su certeza de goce. La solución del deseo es, sin dudas, des-subjetivante; la destitución subjetiva que entraña el pase es la misma que entraña la pulsión. En esto yace la capacidad de hacerse la causa del deseo para un sujeto...” (MILLER, 1984, p.16)

La certeza está a nivel de la pulsión, y nuestro trabajo pretende explorar lo que esto comporta de des-subjetivante, o, para tomar una expresión de Lacan, de antipsíquico (LACAN, 1960, p.147)

Das Ding, el lugar de los triebe

No debe ser casual que a la hora de revisar el estatuto ético del concepto de pulsión, Lacan se sirva de la sublimación. Quizá, la presencia de la sublimación como problema en el seminario “La ética del psicoanálisis”, no se deba tanto a un interés por precisar o definir esta noción, sino a un uso de la misma con el fin de iluminar lo que implica, desde la perspectiva del psicoanálisis, la pulsión. En este sentido, lo primero que hace Lacan, siguiendo a Freud, es barrer con el sueño de la armonía homeostática propia del principio del placer. Sueño neurótico, sueño de la humanidad tal vez. Sin embargo ya en 1919 el creador del psicoanálisis nos advierte que *una vida gobernada por el principio de placer es irrealizable* (FREUD, 1919, p.155). Lo importante es comprender que la satisfacción de la pulsión, cuando se da por fuera de las condiciones sintomáticas de la sustitución significativa, comporta necesariamente un exceso para lo que está regulado por el principio del placer, por ello la esencia de la pulsión freudiana no puede captarse sino a través de la categoría de das Ding:

“Lo que hay a nivel de das Ding a partir del momento en que es revelado, es el lugar de los Triebe, en la medida en que nada tienen que ver, en tanto que revelados por la doctrina freudiana, con algo que se satisfaga con una temperancia, ésa que ordena muy sabiamente las relaciones del ser humano con su semejante en los diferentes escalones jerárquicos de la sociedad, desde la pareja hasta el Estado, en una construcción armónica. Debemos retornar aquí a la significación de la sublimación tal como Freud intenta darnos su fórmula” (LACAN, 1959-1960, p.136). Los Triebe nada tienen que ver con algo que se satisfaga con una temperancia, se trata de una zona donde la moderación y el servicio de los bienes, que regula muy sabiamente las relaciones con los semejantes, no triunfan. Recordemos una referencia de G. Pommier, donde el autor ilustra esta posición ética con algunas figuras que desde el punto de vista del buen juicio y la justa medida de las cosas, habitan un exceso.

“El guerrero que prefiere sacrificarse antes que someterse, el analista que no retrocede ante las consecuencias de su acto, son sin duda hermanos del pintor y del poeta, que en la fiebre de la creación se apartan de todo. Señalar este punto de concordancia de las diferentes posiciones éticas no constituye una innovación. Una práctica como el budismo Zen hizo de ello el centro de su reflexión: todo acto, desde el más corriente hasta el más excepcional, debe llevar esa marca de una derelicción aceptada, de un real alcanzado y distanciado para siempre en la belleza técnica del gesto más simple (...) La perfección desprende a quien así actúa, y éste puede saber que el golpe que asesta, la línea que traza, significan su pura existencia, siendo incluso que esta se desvanece en la perfección. Semejante desprendimiento en el acto concierne a la vez a la ética y a la estética” (POMMIER, 1987, p.232)

Una búsqueda antipsíquica: de la alucinación al acto

El aparato psíquico se regula, según Freud, por un sistema de huellas mnémicas; la función del principio del placer consiste en llevar al sujeto de lo significativo a lo significativo para mantener la tensión en el nivel más bajo. Este funcionamiento define una modalidad de búsqueda por la cual se trata de volver a encontrar las cosas en los signos, es decir, produce una suerte de satisfacción alucinatoria del deseo. Pero hay otra modalidad, una que Lacan designa como *búsqueda antipsíquica* “que, por su lugar y su función, está más allá del principio del placer” (LACAN, 1959-1960, p.147).

El sistema de las huellas mnémicas o significantes, es el sistema a partir del cual el sujeto conforma una suerte de ser otrificado, es decir, organizado en torno a los atributos que toma del Otro. Pero hay también en el centro de dicho aparato, un núcleo opaco, un real que resiste a ser simbolizado, pero que no obstante rige todo el movimiento de lo simbólico. El campo del reconocimiento narcisista regulado por el fantasma; el yo ideal; y el Ideal del yo, encuentra su límite en este núcleo de sí en el que el sujeto no puede reconocerse, y al que tampoco puede amar (LACAN, 1968-1969, p.206). Para aproximarse a él, Freud apeló a la función del grito: “Ese algo se identifica en una exterioridad jaculatoria, por lo cual lo que me es más íntimo es justamente lo que estoy forzado a no poder reconocer más que en el afuera. Por eso ese grito no necesita ser emitido para ser un grito” (LACAN, 1968-1969, p.206)

El uso que hacemos en psicoanálisis de la figura del grito, prescinde de toda necesidad de emisión sonora. Por eso decimos que es silencio y presencia de aquello más íntimo y al mismo tiempo más exterior. En el “Proyecto de psicología” Freud lo articula al Complejo del prójimo (*Nebenmensch*), punto de elevado interés para nuestra investigación puesto que *es sobre el prójimo que el ser humano aprende a discernir* (FREUD, 1895, p.376).

“¿Ese prójimo es lo que llamé el Otro, que me sirve para hacer funcionar la presencia de la articulación significativa del inconsciente? Ciertamente no. El prójimo es la inminencia intolerable del goce” (LACAN, 1968-1969, p.207). Dicha inminencia intolerable que constituye el campo de das Ding o campo del goce, se torna crucial para comprender la categoría de juicio en psicoanálisis. Ese núcleo de mí mismo que no puedo amar, es decir, en el que no me puedo reconocer, sostiene la búsqueda de una satisfacción por fuera del circuito de la demanda y del narcisismo, o, para decirlo de otro modo, sostiene una búsqueda antipsíquica.

Se trata de una vía en la que lo pulsional se satisface al articularse en acto con el deseo del Otro. Cuando deseo lo hago en el campo del Otro, y si bien se trata del campo del significativo, también habita allí el intervalo donde mora deseo, punto de carencia de respuestas que nos deja librados a nuestros propios recursos o a la falta de ellos. Se trata allí del encuentro con el *Hilfflosigkeit* freudiano que puede llevar a la detención pánica o, en el mejor de los casos, a la creación. Punto de desamparo

donde no hay a quién demandar, ni nadie que demande; donde no hay Otro que soporte la suposición de saber, dejando lugar al sujeto para autorizarse como creador. Lo que demuestra que el acto en general, y el sublimatorio en particular –en tanto vicisitud de un deseo actuado en la pulsión–, se sustrae y esquivo el circuito de la demanda de amor, pero también el de la demanda de saber.

Se crea en la soledad del desamparo, sin Otro (del saber y de la demanda). Así, para Marguerite Duras, “escribir es estar sola en un refugio durante la guerra. Pero sin rezos ni Dios” (DURAS, 1993, p.33). Lo que no significa que no haya para el creador un linaje que seguir: maestros; antecesores, inspiradores, etc., y una comunidad a la que dirigir su obra.

Creemos que la capacidad de hacerse la causa del deseo para un sujeto o, en términos del seminario 7, de elevar un objeto a la dignidad de la cosa, consiste en hallar alguna suerte de certeza en la que apoyarse para actuar, dejando un poco de lado los saberes supuestos. Certeza subjetiva que sólo se encuentra a nivel del sin sentido del goce pulsional.

Los objetos *a* de la pulsión, constituyen en el cuerpo un “refugio de goce que no cae bajo el golpe del principio del placer” (LACAN, 1966-1967, 14/6/67) Dicho goce refugiado es el que se vuelca en la obra –sea o no sublimatoria– otorgándole su mérito propio. El acto trasciende de algún modo los límites del placer y se aloja más allá: una “búsqueda antipsíquica que, por su lugar y su función, está más allá del principio del placer” (LACAN, 1960, p.147).

Una ética con menos etiqueta –juego de palabras que tomamos de Lacan– se actualiza en la sublimación, en tanto pone a jugar los desechos de goce en el lazo social. Lo que da su valor de encanto a la obra es menos elevado de lo que se cree, y se soporta del sinsentido del goce perverso que habita el cuerpo del ser hablante. En esto se basa la ética analítica, en tanto apunta a aislar el *a* y situarlo a la mayor distancia posible del Ideal.

Es por la vía del acto que el sujeto encuentra alguna certeza de goce, no en la cadena significante. Esto no quiere decir que el significante no incida en el acto, sólo que lo hace desde su faz más insensata: el acto es el único lugar en que el significante genera la apariencia de significarse a sí mismo.

Un testimonio de esta capacidad de hacerse la causa del deseo –de su nacimiento incluso–, lo encontramos en un escrito autobiográfico de Alan Pauls, escritor argentino contemporáneo, quien ante una fotografía de sus años mozos reconstruye la siguiente escena:

“En la escena hay un chico. Tiene diez u once años. Está de vacaciones en la playa, un lugar que asocia con la forma más perfecta de la felicidad y donde despliega una actividad infatigable, ante la que él mismo no puede evitar sorprenderse. Un día se despierta, traga, siente alguna molestia en la garganta. Tiene unas líneas de fiebre. Deciden que se quede en casa. El chico reacciona mal y se amarga: es un día espléndido, no hay una gota de viento, el mar –por la ventana de su habitación ve

flamear la banderita celeste– debe estar ideal para nadar, no le cuesta nada imaginar a sus amigos, todos asquerosamente saludables, precipitándose a la carrera hacia la orilla, poseídos por un entusiasmo que por primera vez le parece el colmo de la vulgaridad. “¿Por qué yo?”, se pregunta. “¿Por qué a mí y hoy, con este sol?” –mientras oye la puerta de la casa que se cierra, y luego, sincopadas, las del auto, y luego el motor y las voces alejándose, hasta que todo queda en silencio. Deambula un rato por la casa, pero tenerla toda para él, que querría estar en cualquier parte menos ahí, entre cuatro paredes, es un privilegio inútil o una burla. Se refugia en su cuarto. Está cansado; le duele el cuerpo y siente un gusto raro en la boca, como de levadura. Con las pocas fuerzas que tiene baja la persiana hasta que el cuarto queda casi a oscuras. Se mete en la cama: el fresco de las sábanas recién cambiadas le da escalofríos. Mira sus modestos lujos de enfermo: el vaso de jugo en la mesa de luz, el velador prendido, el libro que, distraído por las distracciones del veraneo, ha venido postergando una y otra vez y ahora exhuma de entre las revistas que se apretujan en el revistero, todas viejas, como le gusta que sean las revistas que lee en la playa. Piensa en todos los juegos que no jugará, todas las olas que no barrenará, todos los helados que no comerá, todas las veces que no meará en el agua. Piensa en todo lo que no vivirá, y mientras arrima el vaso de jugo y se acomoda en la cama y abre el libro, se da cuenta casi con escándalo que no está triste, que la oscuridad le gusta, que las tenues rayas luminosas del día que se filtran por la persiana son más bellas que el día, que no necesita nada ni a nadie, que puede hundir los pies en el fondo sin que la cama se deshaga, que ese bultito que descubre agazapado en el bolsillo del pijama es el masticable de frutilla que creía haber perdido y que el libro que acaba de abrir y que ya cierra su trampa sobre él, una trampa que nunca más volverá a abrirse, es, como lo demostrarán las cuatro horas ininterrumpidas que pasará con él, en él, tan lejos de todo que la fiebre, la garganta enrojecida y el dolor de los músculos le parecerán contratiempos vividos por otro, en otro país y otra época, y sus padres y hermanos y amigos y el mundo en general, blanco antes de su envidia y su odio, porque podían hacer todo lo que a él le estaba vedado, se empequeñecerán, perderán definición, color, movimiento, hasta convertirse en mortales pálidos –que ese libro es el otro lugar que tiene la forma de la felicidad perfecta, y que, como escribió alguien a quién él leerá recién veinte años más tarde, cuando ya no esté circunstancial sino crónicamente enfermo, tanto que solo será capaz de hacer lo único que quiere hacer, quemarse los ojos leyendo, quizá no haya habido días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que creímos dejar sin vivirlos, aquellos que pasamos con el libro por el que más tarde, una vez que lo hayamos olvidado, estaremos dispuestos a sacrificarlo todo” (PAULS, 2006, p.123).

Casi que uno puede leer allí el peso de un acontecimiento de goce –y su fijación–, o el punto de nacimiento de un deseo, o ambas cosas; y la tensión que de entrada plantea con esa tem-

perancia que regula nuestras relaciones con los semejantes. “Quemarse los ojos leyendo” dice bien de este exceso, de esta desproporción que se llama Goce, y que es aquello cuya falta haría vano el universo.

NOTA

¹Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología, Cátedra I Clínica de Adultos. Proyecto de investigación UBACyT: “Variaciones en la posición judicativa del analizante. Estudio de casos en el Servicio de Clínica de adultos en Avellaneda”

BIBLIOGRAFÍA

- Duras, M. (1993). *Escribir*, Buenos Aires, Tusquets Editores, 2010.
- Freud, S. (1895). Proyecto de Psicología, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986, Vol. 1.
- Freud, S. (1917). Conferencia 28. La terapia analítica, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986, Vol. 16.
- Freud, S. (1919). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986, Vol. 17.
- Freud, S. (1925). La negación, en *Obras Completas*, Amorrortu, 1986, Vol. 19.
- Lacan, J (1959-1960). El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós 1988.
- Lacan, J (1966-1967). El Seminario. Libro 14. La lógica del fantasma, Inédito.
- Lacan, J. (1968-69). El seminario 16: De un Otro al otro, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Miller, J.A. (1984). Acto e inconsciente, en *Acto e interpretación*. Buenos Aires, Manantial, 1984.
- Pauls, A. (2006). *La vida descalzo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2006.
- Pommier, G. (1989). *El desenlace de un análisis*, Buenos Aires, Nueva Visión Ediciones, 1989.